

para siempre en el memorable epitafio: «Restableció el órden en la hacienda, en la policía, en la justicia y en el ramo militar, completamente descuidados por los gobiernos anteriores. Era un alma laboriosa en un cuerpo robusto. Jamás ha habido otro hombre alguno que le haya igualado en su talento de disposicion y preparacion de detalles, que si

descendió hasta las cosas mas minuciosas, fué por la conviccion de que las cosas grandes no son mas que múltiplos de las pequeñas. Todo cuanto hizo fué encaminado á la realizacion de su plan político fundamental; y si trabajó para dar á cada componente la mayor perfeccion que cabe imaginar, fué con el objeto de hacer perfecto el conjunto. Suprimió



Estudio de Federico II en el palacio de Rheinsberg. Copiado del natural por H. Lueders

todos los gastos inútiles; cegó todas las vias de despilfarro, y redujo sus gastos personales y propios á la última expresion, porque decia que un soberano ha de economizar el sudor y la sangre de sus súbditos. Bajo este punto de vista fué un filósofo en el trono. Dió el ejemplo de la severidad de costumbres y de la sobriedad, dignas de los primeros tiempos de la república romana. Era enemigo de todo fausto y de la exterioridad ostentosa de la dignidad régia, tanto que se privaba con su virtud estoica hasta de las comodidades

ordinarias de la vida. No buscaba la fama deslumbradora del conquistador que nada ama fuera de su gloria; preferia el mérito del legislador que se propone fomentar la virtud y todo lo bueno; creia que debe preferirse el valor que extirpa los abusos é introduce mejoras en la administracion, al genio fogoso que desafía los mayores peligros sin miedo, es verdad, pero tambien á menudo sin conocimiento de su magnitud. Las huellas que su sabiduria imprimió en su país durarán mientras la Prusia exista como nacion. Las virtudes de seme

jante padre han de hacer olvidar muchos yerros de sus hijos. Como se debe la benéfica sombra del roble á la noble bellota de la cual nació, así deben verse los cimientos de la prosperidad que ha alcanzado la casa real despues, en la vida laboriosa y en el régimen sabio de este príncipe (1).»

No honró así la hermana de Federico II la memoria de su padre.

III. EL PRÍNCIPE FEDERICO COMO ESCRITOR

En 6 de agosto de 1736 estableció el príncipe real con su esposa y corte en el palacio de Rheinsberg que su padre había hecho restaurar y adornar con gusto. Allí se arregló una vida idílica, y dirigió su primera carta á Voltaire en 8 de agosto. El 19 del mismo mes escribió al conde de Mantuffel en Berlín: «¡Qué dicha poder escribir á V. desde Rheinsberg! Me parece que mi pluma corre mas libremente, lo mismo que mis pensamientos; me expreso con mas soltura que antes. Aquí hacemos una vida de campo que me embelesa y me gusta mas que la de la corte mas brillante; y ¡qué delicia cuando uno puede dar rienda suelta á su imaginación á despecho de todos los obstáculos!»

La dicha que Federico encontró en su nuevo hogar consistía pues en ocuparse en las cosas que mas le atraían; porque solo disfrutaba cuando había trabajado y cuando los deleites animan á nueva actividad. En tan deliciosa posición, como no la había gozado jamás en su vida, libre de cuidados y de trabas molestas, al lado de una esposa amante, en medio de una naturaleza hermosa, rodeado de amigos de talento como Jordan, Beausobre, Keyserlingk, etc., volvió el príncipe con seriedad, plan y método á emprender un estudio que había empezado en marzo en Ruppín, y continuado con perseverancia á pesar de muchas interrupciones. Era el estudio de la metafísica de Cristiano Wolff, que le había traducido al francés su amigo Suhm, ex-embajador de Sajonia en Berlín.

Hoy día nos parece singular que el príncipe de mas talento de toda la Alemania se hiciera traducir al francés para entenderla, la obra de un filósofo alemán, que la había pensado y escrito en su idioma patrio. Suhm conoció lo irracional de este trabajo, porque escribió en el mes de abril del mismo año: «El idioma alemán es mucho mas propio para argumentaciones metafísicas y abstractas que el francés; es mas rico en vocablos, menos expuesto á ambigüedades, y de consiguiente capaz de expresar todo pensamiento con mas precisión, limpieza y vigor.»

Esta filosofía, bien que en traje francés, interesó vivamente al príncipe real, segun vemos en una de sus cartas fechada en 27 de marzo en Ruppín, donde dice: «Empiezo á ver el alba de un nuevo día aun envuelto en neblina. Veo la posibilidad de que tenga un alma, y aun la de su inmortalidad.» Goza el príncipe, segun dice en otra carta del 3 de julio, «de la libertad de poder confesar la filosofía con la cabeza erguida, sin temor del dómine ni de su férula, ni del espectro de la incredulidad. La razón recobra la autoridad que le pertenece, y el error se oculta en los cerebros limitados de los tontos y en el seno de la superstición.»

En su viaje á la Prusia Oriental fué su compañero el libro de Wolff, y en 18 de julio escribió desde el campamento de Wehlau: «A pesar de las fatigas del viaje y de las ocupaciones del servicio militar que me incumben, no pierdo á mi Wolff ni un momento de vista. Él es el foco á donde se dirige toda mi atención; cuanto mas leo su obra, tanto mas crece mi satisfacción. Admiro la profundidad de este filósofo, que ha analizado la naturaleza como ninguno antes de él, y

(1) Véanse: *Mémoires de Brandebourg*.

que ha tenido la suerte de explicar cosas que antes no solamente eran oscuras y confusas, sino completamente incomprendibles. Me parece que cada día veo mas claro y que con cada frase suya que estudio se me aparece una nueva luz. Es un libro que todo el mundo debería leer para aprender cómo hemos de usar de nuestra inteligencia y cómo hemos de servirnos de la ilación de las ideas cuando investigamos la verdad.»

Dos días despues de su entrada en Rheinsberg escribió, todo lleno de la doctrina y de los padecimientos de Wolff, la primera carta, citada ya, y tan memorable, á Voltaire, en la cual vemos á Federico convertido en filósofo, pensador y literato. En esta carta prodiga elogios entusiastas al autor de la *Henriada*, de *César* y de *Alcira*; pero lo que le mueve á entablar correspondencia con Voltaire no es la poesía en sí, sino el espíritu filosófico que encontró en todas las obras de aquel escritor. Así decía: «A las cualidades eminentes del poeta añade V. un sin número de conocimientos, que si tienen cierta relación y afinidad con la poesía, lo deben á su pluma que ha sabido descubrir su lado poético. Jamás ha tratado poeta alguno ideas metafísicas en verso; este honor ha quedado reservado á V. Pues bien, este gusto por la filosofía que reflejan sus escritos, me impulsa á remitir á V. una traduccion de la acusación y justificación del señor Wolff, el filósofo mas célebre de nuestros días, cruelmente acusado de ateísmo y de incredulidad, porque ha llevado la luz al rincón mas oscuro de la metafísica, cuyas cuestiones ha tratado clara y noblemente convirtiéndolas de opacas en transparentes. Este es el destino de los grandes hombres: su genio superior los expone siempre á las flechas envenenadas de la calumnia (2).»

A Voltaire conmovió mucho esta carta. Su satisfacción fué grande; el homenaje que le presentaba un admirador tan distinguido le causó un placer indecible; la conquista que acababa de hacer, sin sospecharlo, en el extranjero, mientras se mortificaba en su patria en el suplicio de Sísifo, le causó una alegría tanto mayor cuanto que debía este triunfo á su calidad y á su arduo trabajo de pensador, y maestro del público. Lejos, muy lejos de Francia, había germinado la semilla que por lo pronto había de encontrar en su patria solo perseguidores y á lo mas alguna que otra aprobación oculta; y á la sazón se le presentaba un príncipe joven [admirador entusiasta de una sabiduría que parecía á los monarcas y sacerdotes una rebelión punible. Los sentimientos nobles de Voltaire le impulsaban á luchar impertérrito y erguido contra la superstición y la opresión del pensamiento, y en defensa de los perseguidos y oprimidos. En estas luchas era siempre, lo que no era en otros asuntos, es decir, noble, caballeresco, generoso y desprendido, un Bayardo sin mancha ni temor. Este era el mejor rasgo de su carácter, el sentimiento mas noble y puro de su corazón; y esto era lo que ya en 1736 había descubierto en él el príncipe real de Prusia, porque así debía comprenderse el sentido de su carta. Este fué también el sentido de la carta entusiasta del 26 de agosto escrita por Voltaire al príncipe, que dice entre otras cosas: «Habeis halagado mi vanidad; pero el amor que profeso á la humanidad, y que bien puedo decirlo, constituye mi carácter, me ha causado una alegría tanto mas pura cuanto que he visto que existe en este mundo un príncipe que piensa como un hombre, un filósofo régio que será la felicidad de su pueblo. No ha habido nunca rey alguno verdaderamente bueno, que no haya empezado como vos á instruirse, á conocer á los hombres, á amar la verdad y á

(2) Esta carta se encuentra en las obras de Voltaire, París 1828; y en las de Federico el Grande.

tener horror á la persecución y á la superstición; ni tampoco puede haber príncipe, que lleno de estos sentimientos, no sea capaz de restablecer en sus Estados la edad de oro.»

Alimentar este mismo sentimiento en el pecho del príncipe Federico fué el propósito fundamental que se trasluce en todas las cartas que Voltaire le escribió. En una de ellas del año siguiente le dice: «Uno de los mayores beneficios que hareis á la humanidad consistirá en derribar la superstición y el fanatismo, y en no permitir que personas que visten talar ó sotana persigan á otras porque no piensen como ellas.» En la imaginación de Voltaire flotaba una idea de alianza de reyes y filósofos con el fin de libertar á la humanidad venciendo y confundiendo á los potentados de las tinieblas. Los sofismas clericales habían engendrado y divulgado la idea errónea de que los hombres pensadores eran enemigos del orden y perturbadores de la obediencia y de la paz entre los ciudadanos. La verdad, dice Voltaire, es todo lo contrario: los filósofos solo piden que se les deje tranquilos; quieren vivir en paz bajo el gobierno existente allí donde se hallan, mientras no hay un solo teólogo que no trabaje ó quisiera hacerse dueño del gobierno del país donde vive.» Este es el estribillo de todas las cartas de Voltaire á Federico, lo mismo cuando discurre con calor que cuando habla con frialdad. Todo lo demás no son sino medios que emplea para llegar al punto principal para él, que es no dejar salir al genio maravilloso del príncipe de esta senda favorable al bien de la ilustración. No faltaban defensores de esta causa entre los hombres pensadores y escritores; pero no había un hombre influyente, poderoso y enérgico que hiciera con su ejemplo y su fuerza soberana lo que los hombres de pluma se esforzaban en vano por hacer.

No sospechó sin embargo Voltaire hasta qué grado el futuro rey de Prusia era hombre de energía; porque aun en abril de 1740 soñaba en una corte de musas que el «vencedor de Maquiavelo abriría en cuanto llegara á ser rey; rey de paz que desenvainaría su espada cuando Marte y la política le señalasen la ocupación de Julish y Berg, pero que estaba pronto también á envainarla cuando lo exigiera el bien de sus súbditos y del mundo; un rey al cual prestarían homenaje todas las bellas artes, bajo cuyo gobierno se desarrollarían exuberantes la pintura, la música, la elocuencia, la historia y la física; que levantaría un teatro y fundaría una academia. Todos contribuirían á la gloria de un príncipe nacido para gobernar y ser amado.»

Voltaire se figuró al príncipe Federico como un genio meditabundo, un carácter que prefería los trabajos y deleites intelectuales á todos los demás; y le confirmaron en este concepto el calor y sentimiento con que el príncipe confesaba su fe en Dios en medio de sus discursos metafísicos. Las odas tan fervorosas que compuso entre enero de 1737 y abril de 1738 sobre la bondad de Dios y el amor que se le debe profesar, y mas todavía el reconocimiento conmovedor que en una carta del 26 de diciembre de 1737 hizo de la omnisciencia de Dios y de la sujeción del hombre á la sabiduría divina y á la materia, dieron á conocer á Voltaire el contraste fundamental que existía entre su modo de considerar el mundo y el del idealista alemán de las escuelas de Wolff y de Leibnitz, no obstante el alto grado de ilustración de ambos y la mucha aversión á dogmas, supersticiones y clero. Mas de tales antecedentes le pareció que para la vida práctica en este mundo solo podían resultar como consecuencia la renuncia á la actividad individual, independiente, y la vida quieta y pacífica del filósofo y amante de las bellas letras. Sin embargo cabalmente en aquellos meses cuando el príncipe Federico al parecer se dedicaba exclusivamente á meditaciones religiosas y metafísicas, tenía fija la atención en cuidados y pro-

yectos de carácter muy diferente, cuidados como prusiano, y proyectos como futuro rey y hombre de estado.

Había seguido atentamente en la correspondencia diplomática que le comunicaba el ministro general Grumbkow las señales precursoras de la tempestad política que debía descargar sobre la Prusia á consecuencia de la conspiración del Austria con Francia, Inglaterra y Holanda en el asunto de la herencia de Julish y Berg. Lo que decía esta correspondencia, y lo que pudo leer entre líneas, le hizo meditar profundamente. En 20 de enero de 1737 escribió con extraordinaria penetración: «Nuestro proyecto respecto de Julish y Berg ha naufragado. Con el mayor dolor y con el sentimiento natural en quien tanto como yo desea la gloria del rey mi padre, veo que no se hace todo lo que es menester para llevar este proyecto á buen término. Hasta me parece que se ha formado contra nosotros una liga secreta y que se van aglomerando nubes que anuncian una gran tempestad. Quizás fuera aun tiempo de evitarla disponiendo los ánimos mas en favor nuestro con medidas acertadas; pero lo que en esto justamente me llama sobre todo la atención es la especie de letargo que observo en nuestro campo, ahora que no inspiran nuestras armas el terror acostumbrado, porque hasta se llega á despreciarnos.»

En medio de estas intrigas secretas que descubre se felicita sin embargo de no hacer ningún papel activo y responsable, porque le queda el consuelo de que á él de nada se le puede culpar y de que quizás su cuidado y su celo por el honor del rey le presenten la situación de las cosas bajo un aspecto peor del que tiene en realidad. Al propio tiempo rechaza toda idea de imitar la conducta del príncipe de Gales, el cual por el interés miserable pecuniario se había puesto á la cabeza del partido contrario al ministro de su padre. Respecto de este particular escribió en 7 de octubre de 1737: «Dejemos arreglar á esa desgraciada familia sus disensiones, y gocemos doblemente de nuestra concordia benéfica. ¡Qué feliz es el hombre que sabe dominar su ambición, y sofocar sus pasiones al principio, tanto mas peligrosas cuanto son insaciables y tiránicas para el individuo que las siente!» Sin embargo no se conformaba tanto como decía con la corriente política contraria á su casa, y sintiendo en su corazón la voz *tua res agitur*, aconsejó á su padre que tomara ambos ducados, el de Julish y el de Berg, á viva fuerza para que finalmente le quedase á lo menos uno; y en 9 de noviembre escribió afligidísimo estas palabras proféticas: «Sabe Dios que deseo á mi padre larga vida; pero si el caso de la sucesión de aquellos ducados no se presenta hasta despues de su muerte, no me expondré á la censura de que sacrifique mi interés propio al de las otras potencias, antes me habrán de censurar por el demasiado ímpetu y osadía. Parece que el cielo ha destinado el rey para hacer todos los preparativos ordenados por la prudencia y el acierto, antes de comprometerse en una guerra; y quién sabe si la Providencia me ha destinado á mí para aprovechar estos preparativos en la realización gloriosa de los proyectos á los cuales la prevision del rey los destina!»

La tempestad que había previsto el príncipe real llegó en efecto, pero menos terrible que él había temido, porque encontró al rey, su padre, en su puesto. En 10 de febrero de 1738 entregáronle los embajadores de Francia, Austria, Inglaterra y Holanda notas idénticas, en las cuales le comunicaron su resolución de proceder al arreglo de la cuestión de los ducados de Julish y Berg, pidiendo que la Prusia se comprometiese á no oponerse á que se dieran interinamente por dos años á la casa de Pfalz-Sulzbach, á contar desde la muerte del príncipe palatino reinante. En 19 del mismo mes contestó el rey negándose á toda negociación en este sentido, y reservándose terminantemente todos los derechos de heren-